

LAS ESTRELLAS FUGACES NO CONCEDEN DESEOS

V. R. MARLETTA



LAS ESTRELLAS
FUGACES NO
CONCEDEN DESEOS

V. R. MARLETTA

Copyright © 2018 V. R. MARLETTA
Todos los derechos reservados.

Índice

- [Capítulo 1](#)
- [Capítulo 2](#)
- [Capítulo 3](#)
- [Capítulo 4](#)
- [Capítulo 5](#)
- [Capítulo 6](#)
- [Capítulo 7](#)
- [Capítulo 8](#)
- [Capítulo 9](#)
- [Capítulo 10](#)

Bruno Blázquez vive en Toronto la etapa más dura e importante de su vida, la adolescencia. Por si fuera poco, no son suficientes los problemas de un chico introvertido. El hallazgo del diario de su mejor amiga, luego de que esta muriera, hará que camine por un sendero peligrosamente misterioso. En el transcurso, conoce a Sophie Owie, alguien tan especial que hará cambiar su forma de ver la vida. La pérdida, el rechazo, el dolor, el amor e incluso la aceptación, serán factores que guíen su rumbo.

Capítulo 1

«Feliz navidad» dos simples palabras —que ya no sabía lo que significaban —retumbaron mi mente, dejándome paralizado. Han pasado muchos años desde la última vez que las dije sintiéndome realmente feliz y afortunado. Ahora tengo dieciséis Años y muchas cosas han cambiado desde entonces, ya sea para bien o para mal. Pero si tuviera que escoger la más significativa, sería la de quedarme despierto hasta tarde para abrir los obsequios de navidad. Y es que antes el mes de diciembre era mi favorito, ya que también cumplo año ese mes, y solía recibir muchos regalos. Créanme cuando les digo que era mi mes favorito. Solo una cosa perduro de todo ese tiempo, mirar al cielo y sentir cómo los copos de nieve caen sobre mi rostro. Aun hoy, es la mejor sensación del mundo.

Olvidaba decir mi nombre, creo que esa es otra de las cosas que han cambiado. Me he vuelto muy olvidadizo. Me llamo Bruno Blázquez. Nací en Alemania, en la capital, Berlín. Actualmente vivo en Canadá, en la enorme y fría Toronto. No lo mal interpreten, me gusta vivir aquí. Digamos que mi vida fue «normal» hasta los siete años, cuando mis madres me dijeron que era adoptado. Sí, tengo dos madres. Dana Hamilton y Rae St. James. Recuerdo que salimos a caminar al parque y nos sentamos los tres en una banca y empezaron a darme un sermón de la vida, y como la naturaleza no consentía que dos mujeres tuvieran un bebé, pero que se amaban tanto que yo llegue como regalo del universo y muchas más idioteces como esas. Luego de sermonearme, les dije que quería ir a patinar. Creo que la noticia

de mi adopción la tome muy bien, a veces pienso que demasiado bien.

Los siguientes años fueron un poco duros. Los niños en el colegio pueden ser crueles si se lo proponen. Muchos días quería arrancarle la cabeza a cada uno de esos bastardos, luego recordaba que no tenía el tamaño ni la fuerza necesaria y terminaba olvidándolo. Me sentaba en la última fila, así podría tener una perspectiva de todos y que nadie la tuviera de mí. Un día realmente duro fue la semana antes del día del padre, la maestra Olivia entro al salón con su maletín rojo que tanto me llamaba la atención. Muchas veces me gustaba imaginar cómo había ido hasta la tienda para comprarlo. Pienso mucho en las cosas, sobre todo en las que no parecen importantes para las demás personas. De pronto, nos empezó a hablar de un día muy especial que sería la semana próxima. Nos había preguntado si sabíamos que día era, todos trataban de adivinar, gritaban días festivos, hasta pude escuchar a uno de los niños decir: «el día del chofer del autobús». ¿Cómo diablos se le pudo ocurrir eso? Bueno, debo decirles que eso fue en el tercer grado, así que los niños pueden ser un poco estúpidos. Como nadie pudo decir que día era, la maestra dijo con un tono muy emocionada que era el día del padre, y que debíamos traer a nuestros papás, yo no le di mucha importancia, pero un chico llamado Dave Klaski volteó a verme y me dijo con una voz de psicópata que no asistiera a clases ese día, ya que yo no tenía padre, y «mis lesbianas madres» no podían ir en su lugar. Fue la única vez que llore en la escuela y lo hice durante toda la hora del recreo, en un lugar que era como mi escondite. Ese lugar se encontraba detrás de la escuela, estaba justo al lado de la habitación del conserje, en un pequeño jardín que yacía oculto ahí. Mientras lloraba como un bebé, escuche a una persona que se acercaba, era Jake Roberts, el conserje de la escuela. Era un hombre con el cabello blanco y un bigote muy gracioso. Siempre

tenía una sonrisa, así estuviera limpiado el vómito de algún desgraciado. Me preguntó si algún chico me había golpeado, yo sólo negué con la cabeza. Sacó de su bolsillo una caja de goma de mascar y me dio una. Se fue sin decir nada más. Le quite la envoltura y empecé a masticarla. Era de un sabor extraño, creo que era de hierba buena. Es algo típico en los ancianos, siempre he pensado que comen cosas con sabores así para que no les apeste la boca. Siempre veo en el parque a los ancianos comiendo caramelos de menta o goma de mascar de hierba buena. Desde entonces, cada vez que estaba en mi escondite, Jake aparecía y me daba una goma de mascar. Nos hicimos buenos amigos. Su esposa era una enfermera que trabajaba en un asilo. Debe ser difícil tener un trabajo así, encariñarte con una persona que sabes que en cualquier momento puede morir.

Estando en mi cuarto grado las cosas no cambiaron mucho, tenía una profesora llamada Jennifer Grane. La mujer más hermosa que mis ojos habían visto, hasta ese momento. Era muy graciosa. Siempre hacía reír a toda la clase —incluyéndome—, que por lo general estaba callado y permanecía inerte a cualquier tipo de situación que ocurriera en el salón, pero ella conseguía que riera como un completo tonto.

Un día estaba en la cafetería y el simio de Dave Klaski le tiro la charola de la comida a un chico. No recuerdo el nombre de ese chico, solo recuerdo que la pasaba mal —incluso peor que yo—. Vivía solamente con sus abuelos, porque sus padres habían muerto en un accidente de autos. Me moleste mucho porque nadie hizo nada —ni siquiera yo—. Salí de la cafetería y me dirigí a mi escondite, estaba muy molesto y cuando llegué Jake estaba llorando en el pequeño jardín. Me acerqué tímidamente y le pregunte qué le ocurría.

—Estoy bien. —dijo—. Sólo quería pasar un momento a solas.

Con un pañuelo seco sus lágrimas y volvió a colocarse los lentes. Sabía que le ocurría algo malo, ya que nunca lo había visto llorar en todo este tiempo, pero no quise molestarlo con preguntas —ya que no sabía cómo consolarlo— y no quería estorbar. Cuando llegue a mi casa, lo que encontré fue más difícil de digerir. Mis madres corrían como locas por toda la casa buscando un botiquín de primeros auxilios. Yo no entendía nada de lo que ocurría hasta que subí a su habitación y vi a una mujer inconsciente en su cama y con algo de vomito en su camisa. Dana me tomo de los hombros y me llevó a mi cuarto. Me dijo que no volviera a salir. Me quedé encerrado con miles de preguntas sin responder, pero no me preocupe de que esa mujer muriera —ya que Dana es doctora— y sabía que tenía todo bajo control. Pasé toda la tarde en mi habitación, hasta me llevaron la merienda. A la hora de la cena, Rae —mi otra madre— entro a mi habitación y me dijo que bajara, que quería que conociera a alguien. Sabía que sería la extraña mujer. Cuando bajé y fui al comedor, estaban las tres sentadas esperándome. Justo cuando iba a saludar, Dana me interrumpió:

—Queremos que conozcas a una amiga, cariño.

—Hola —la saludé—, Es un placer, soy Bruno Blázquez. —le dije, un poco intimidado.

—El placer es todo mío, príncipe. Mi nombre es Elisabeth Blázquez.

Me quede sin habla. Lo más lógico era que esa mujer fuese mi madre biológica, ya que teníamos el mismo apellido. La mujer del vomito en su ropa, era mi madre. Yo no dije nada al respecto mientras cenábamos, tampoco mis madres adoptivas. Ellas sabían lo perspicaz que era para darme cuenta de lo que estaba pasando. Elisabeth no me quitaba la mirada de encima, ha sido el momento más incómodo de toda mi vida. Tener a tres madres en una mesa no es una situación placentera. Ella lucía un poco descuidada, algo delgada, también tenía muchos moretones y cicatri-

ces, pero a pesar de todo eso, era una mujer muy hermosa. Cuando terminé de comer me despedí de ella y subí a mi habitación. Quería salir de esa situación lo más rápido posible. Entre a mi habitación y fingía hacer la tarea, porque sabía que mis madres adoptivas subirían en cualquier momento. Luego de un par de minutos la puerta se abrió. Vi como Rae y Dana entraban con un álbum de fotos. No era nuestro, porque yo conocía muy bien todos los álbumes de fotos que estaban en la casa. Se sentaron en la cama y empezaron a darme un sermón que ya me esperaba.

—Cariño, ¿Te agradó Elisabeth? —preguntó Dana

—Por supuesto —dije—. Parece una buena persona. —contesté mientras me acostaba en la cama.

Sin embargo, ella no me parecía buena persona, ni tampoco era de mi agrado. No sé si esté bien juzgar a una persona sin conocerla antes, pero en ese momento, lo hice.

—¿Notaste que tiene tú mismo apellido? —preguntó Rae

—Sí, mamá. —me coloqué la almohada en la cara.

—¿Puedes hacerte una idea de quién es ella? —preguntó Dana mientras me quitaba la almohada de la cara.

—Supongo que es mi madre biológica. —respondí de manera hostil

Estaba un poco obstinado y no quería tener ese tipo de conversación en ese momento.

—Dana y yo consideramos que ya es hora de que sepas cómo llegaste a nosotras.

—¿Estás de acuerdo? —preguntó Dana.

No me gustaba la forma extremadamente cariñosa en la que me trataban. Por lo general, sólo lo hacían en conversaciones serias.

—Está bien, mamá. —asentí.

Esa fue la noche en que supe todo sobre mi pasado. Elisabeth era una artista que empezaba a conseguir fama en Alemania. Sus pinturas estaban en las mejores exhibiciones. Pero la fama trae consigo a malas personas, personas como

Blaz Holtzmann. Un guitarrista adicto a la heroína. Al parecer Elisabeth tiene una debilidad por los músicos y cuando se conocieron, Blaz la arrastró al mundo de las drogas. Su carrera cayó en picada. La heroína había arruinado su vida. Lo perdió todo. Como era de esperar, Blaz la abandonó y poco tiempo después Elisabeth se enteró que estaba embarazada. Es un verdadero milagro que yo naciera sin ningún tipo de enfermedad, luego de los cocteles de drogas que Elisabeth consumía.

Me dieron el álbum de fotos de Elisabeth. Eran fotos en las mejores exposiciones de Europa. También había fotos de sus obras. Pero la mayor parte del álbum estaba compuesto por fotos mías cuando era un bebé. Fue la primera vez que dormí sabiendo quien era yo realmente. La mañana siguiente me levanté y esperé ver a Elisabeth sentada en el comedor, pero cuando bajé a desayunar, supe que se había marchado.

—Así es ella. —dijo Dana—. Es muy impredecible. No puedes mantenerla en un lugar. Es como una gota de rocío sobre una hoja, se mantendrá por un tiempo pero cuando menos lo esperes, se moverá.

Por un tiempo fue la misma porquería. Elisabeth seguía apareciendo en ocasiones, hasta que un día simplemente dejó de aparecer. El acoso interminable de los imbéciles del colegio, Jake llorando en mi escondite, eso y muchas cosas más hicieron esos años muy difíciles. Es por eso que mis madres decidieron que estudiara en casa luego de terminar la primaria. Ellas me decían que eran como vacaciones indefinidas. Estudié toda la secundaria y una parte de preparatoria en casa. Ahora estoy por empezar el último año de preparatoria, sí, en la verdadera. Un chico alemán, abandonado por una mujer que es una drogadicta y adoptado por una pareja gay, en pocas palabras, un festín para los idiotas como Dave Klaski. Sé lo que deben estar pensando, que mi vida es una mierda, no lo sé, aun quiero pensar que afuera hay algo bueno esperándome.

Un día antes de empezar las clases, Rae me llevo al centro comercial para comprarme algunas cosas que necesita-

ba. Siempre la he mirado como un papá. Sabe cómo hacer sentir mejor a Dana en todo momento y además ella paga las cuentas y de cierta forma, es el pilar principal de la familia. Entramos a una tienda para comprarme un bolso. Quería un bolso de cuero, de esos que lucen como si fuesen viejísimos. Vi uno que me gustó mucho, a pesar de que los bolsos de cuero son muy costosos, Rae me consiente en todo lo que quiero, a diferencia de Dana, que al momento de pedirle que me comprara algo costoso, contestaba diciendo que no quería acostumbrarme a obtener cosas lujosas de la manera fácil. Era su intento por enseñarme valores. Mientras caminábamos vi un sobretodo que me llamó mucho la atención, le dije a Rae que lo compraría, pero esta vez lo pagaría yo. Estuvo de acuerdo. Mientras me lo probaba, me sentí muy bien con él, no es por alardear, pero se me veía increíble. Rae había ido a una librería a comprarme cuadernos y lápices mientras yo compraba el sobretodo. Como estaba tardando demasiado en la librería por una fila inmensa, fui a una tienda de discos que quedaba en el primer piso. Decidí escoger un disco del que no conociera nada, tome uno de la sección de rock alternativo. La banda se llamada «Seafret» el nombre del álbum era «Tell Me It's Real» cuando pagué, me di cuenta que me estaba quedando sin dinero. Tenía un mensaje en mi teléfono, era un mensaje de Rae que decía:

Cariño, te espero en el auto

—Llegué a casa preparando la ropa que usaría el primer día de clase. Me preocupaba un poco el peinado que llevaría —yo no suelo arreglar mi cabello—, lo tengo un poco largo y siempre tiene una buena forma, así que nunca me había preocupado por si estaba bien o si estaba mal, pero esta vez sí me estaba molestando un poco. Tome un peine y comencé a hacerme diferentes peinados, pero ninguno acabó gustándome. Al final preferí dejarlo como estaba. A la hora de la cena, tanto Dana como Rae me daban conse-

jos de cómo afrontar mi primer día de clases. Yo no les prestaba mucha atención. Esa noche solo podía pensar en todos los bastardos como Dave Klaski, la verdad tenía mucho miedo.

Coloqué la alarma de mi despertador a las cinco de la madrugada para que me diera tiempo de ducharme, vestirme, y lo más importante, prepararme psicológicamente para adentrarme en aquella jungla llamada «preparatoria». Siendo franco, no dormí mucho esa noche, solo podía pensar en los comentarios que harían cuando si enteraran que era adoptado por una pareja gay. No serían como los comentarios de la primaria, absurdos y con falta de creatividad, éstos serían más elaborados y más crueles, estaba seguro de eso.

El ruido más irritante que existe es el de la alarma del primer día de clases. Al escuchar ese sonido, sabía que era hora de enfrentarme con lo que el destino me tenía preparado. Me levanté lentamente de la cama y fui a ducharme. Me tomó al menos unos quince minutos ducharme, luego cepillé mis dientes —durante unos cinco minutos—. No soy de esos chicos que pierden el tiempo rasurando su barba, ya que soy lo que conocen como «mejillas de durazno», en otras palabras, no tengo barba.

Mientras me vestía, noté que tenía un mensaje en mi teléfono que decía:

Buena suerte, príncipe

No tenía el número registrado, así que le respondí:

Gracias. ¿Quién eres?

—Continúe vistiéndome. Para cuando estuve totalmente listo, ya eran las seis y diez. Escuchaba los pasos de mis madres por toda la casa. Sabía que ellas estarían muy nerviosas por mí, pero yo siempre trataba de hacerles parecer que las cosas no me afectaban, lo cual era difícil de fingir cuando te sientes derrotado sin haber empezado el día. Minutos después, Rae tocó mi puerta.

—¿Estás listo, campeón?

—Ya casi, mamá. —respondí.

—El desayuno está listo —dijo—. Baja cuando quieras.

Cuando por fin bajé a desayunar, ya se habían hecho las seis y media. Me senté a comer, pero no tenía mucha hambre. Dejé prácticamente toda la comida. Dana se sentó a mi lado y me dijo:

—Si quieres faltar hoy, puedes hacerlo, cariño. —Me rodeó con sus brazos.

—Estoy bien, mamá —le dije—. No tengo hambre. Es todo.

En realidad no era todo. Ciertamente, en ese momento tenía ganas de faltar durante un mes entero, y desaparecerme del mundo sin dejar rastro alguno. Así como una estrella fugaz, que la miras por un instante, y de pronto, desaparece, sin saber de dónde provino, o a dónde se fue.

Pude escuchar como Rae encendía el auto. Mi corazón empezó acelerarse. Subí por mi mochila y cuando iba a salir de mi cuarto, me detuve y me miré en el espejo por unos segundos, preguntándome si conseguiría sobrevivir hoy.

Me subí en el auto y le pedí a Rae que encendiera la radio mientras esperábamos que Dana cerrara la casa. Todas las emisoras hablaban del comienzo de las clases así que le dije que colocará algo de música. Dana se subió y el auto empezó a moverse. Con cada metro que avanzábamos me sentía realmente aterrado.

Llegamos a las siete. El lugar estaba repleto de personas. Algunas parecían felices, otras no tanto. Rae estacionó el auto y Dana me preguntó si tenía dinero yo le dije que sí, ambas me dieron un beso y Rae me susurro: «Acábalos, tigre». Eso me causó mucha gracia, ya que si yo fuese un animal en esta jungla, no sería un tigre, eso era un hecho. Sería algo parecido a una zarigüeya. Salí del auto y caminé hasta la entrada. Tratava de no hacer contacto visual con nadie, porque en la preparatoria las personas son más susceptibles a las miradas. Creo que es porque piensan que al

mirarlos los están juzgando; por eso suele dificultarse mucho hacer amigos o iniciar una relación con alguien.

Mi primera clase fue de Historia. Me senté en la última fila como acostumbraba, y mientras el profesor hablaba de sus reglas en clase, yo miraba a cada uno de mis compañeros. Es maravilloso cómo cada uno es diferente. Pensé que sería grandioso que cada persona tuviera un libro con su historia escrita en él, así sabríamos si valdrá la pena conocerlas o no. De pronto, me di cuenta que la clase había terminado, no le presté nada de atención al vejete horrendo, no era nada interesante, eso me hacía extrañar a mi maestra de cuarto grado, Jennifer. Ella al menos era graciosa. Salí de la clase en busca de la cafetería. Me llevó algo de tiempo encontrarla debido a que las instalaciones eran grandes. Cuando la encontré, el lugar estaba desbordado de personas. Me coloqué en la fila para comprar y sin previo aviso se escuchó una charola caer. Volteé a ver y me di cuenta que eran los simios haciendo de las suyas. Habían tumbado a un pobre chico. Toda su comida cayó sobre su ropa. Me sentía mal por él. Les juro que quería hacer algo, pero una vez más, opté por lo más sensato, hacer absolutamente nada. Decidí continuar con mi vida y largarme de la cafetería. Ya empezaba a darme hambre, pero ni de chiste regresaría a esa jaula llena de simios. Mientras caminaba por las instalaciones, mi teléfono sonó, era un mensaje de la persona que me había escrito en la mañana.

«Príncipe, soy Elisabeth. Dana me comentó que hoy es tu primer día de clase. Sólo quería desearte buena suerte. Espero que todo este marchando bien. Te envié un obsequio tardara un par de días en llegar. Si alguna vez quieres venir a Alemania estaría encantada de recibirte.»

No sabía que pensar de esa mujer, cada vez me confundía más. Fui a las áreas verdes a esperar que se hiciera la hora para entrar a mi otra clase y fue ahí la primera vez que la vi. Era la chica más hermosa que había visto. Era como si el

mismísimo Dios se hubiese tomado la molestia de moldearla de tal forma que resaltase enseguida por su belleza. Pero no hablo de una belleza como la de las modelos, hablo de una belleza que solo pocos saben apreciar. Tenía la piel clara, sus mejillas eran rosadas, su cabello era de color castaño y algo desacomodado. Lo tenía muy largo, no pude ver de qué color eran sus ojos, pero pensaba averiguarlo. Estaba muy concentrada dibujando algo. Las ganas de acercarme eran infinitas, así que por primera vez, dejé que la vida hiciera lo suyo y me acerque.

—Hola, ¿Qué tal? —le dije.

—Estoy muy ocupada como para hablar con un desconocido —contestó, sin quitarle la mirada a su dibujo.

Nunca en mi vida había recibido una respuesta con semejante frialdad. Se sintió como un baldazo de agua fría.

—Disculpa, no era mi intención molestarte —concluí apenado.

Me sentí tan avergonzado que salí huyendo de ahí lo más rápido posible.

No podía creer lo que había pasado. Supongo que es lo que sucede cuando dejas que la vida haga de las suyas. Me sentía un poco perdido, desorientado, como cuando despojas de su dueño a un cachorro y lo lanzas a la calle sin explicación alguna. Deambulé por los pasillos tratando de olvidar lo que había sucedido. Perdí la noción del tiempo, y sin darme cuenta, ya iba tarde a mi clase. Llegué cuando ya había empezado. Los asientos de atrás ya estaban ocupados, así que me vi obligado a sentarme en el centro, no lo sé, me sentía muy vulnerable, estaba fuera de mi zona de confort. Ahí fue la segunda vez que la vi. No me había percatado que estaba en la primera fila, y por suerte, tenía una increíble vista de su cabello. No entendía por qué aún estaba interesado en ella luego de cómo me trató. Estaba tan concentrado mirándola que apenas pude escuchar cuando el profesor dijo:

—Usted el que llegó tarde —me señaló — ¿Cuál cree que fue la inspiración de Leonardo Da Vinci?